

mildes, de los fuertes sobre los débiles, de la bestia sobre el ángel... Contradicción inexplicable: La naturaleza es iniquidad, porque la ley que la rige asegura el predominio de la supervivencia del más fuerte. Mas ¿quién me lleva a decir que la naturaleza es inicua?... Si Cristo murió en la cruz, la naturaleza es el mal. Pero siendo la naturaleza el mal, ¿cómo es que de ella nació el mismo Cristo, afirmación de todo bien? Con esto se llega a la fase religiosa, a la emoción divina, a la idea del bien y de la perfección, que llevada a lo infinito, es la idea de Dios. «Movimiento infinito, dolor infinito, amor infinito: he ahí los tres rostros de la naturaleza en el espejo, cada vez más profundo, de su conciencia; en los ojos, cada vez más abiertos, de su alma... Dios es, pues, el amor infinito, venciendo infinitamente el infinito dolor... Cristo es el redentor humano; Dios el redentor universal. Es el ser infinito, porque es el amor ilimitado. Y la naturaleza tenebrosa, vista desde Dios, divinízase por encanto. Guerras, luchas, crímenes, catástrofes, desórdenes, evapóranse y se funden en armonía mágica y perfecta.» «No equivale esto a decir que el mal es necesario o que no existe, que es sólo aparente? Sólo así se puede tocar la idea de perfección, como norte y término del universo. Pero entonces, ¿para qué combatir contra un mal ficticio; por lo menos, para qué combatir con la violencia contra la violencia? En varias ocasiones señala Guerra Junqueiro sus ideales humanos: San Francisco de Asís, ejemplo de humildad; Cristo, ejemplo de piedad. Con menos retórica, ésta es también la doctrina moral de Dostoievsky. Véase el excelente libro *Dostoievsky*, que André Gide dedica a estudiarla, hace poco publicado.

Si no comprendemos a torcidas este esplendoroso torrente de palabras—tan del gusto de los románticos del siglo XIX, tan emparentado, sobre todo, con aquella orquesta verbal que fué Víctor Hugo—, el hombre, para elevarse a la perfección ha de pasar por tres momentos específicos. Primero, el momento dionisiaco, la embriaguez en la vida y la naturaleza, el temblor lírico ante el misterio del universo. Segundo, el momento dramático, la lucha contra el mal, que es la vida, verdugo en unos hombres, víctima en otros. Tercero, el momento trágico, la piedad con todo, el amor para todos, la fatalidad del bien y del mal, mejor dicho, su inexistencia como tales distinciones, su armonía o razón de ser cuando se contempla el mundo desde su finalidad, que es la idea de perfección, Dios. Esta concepción, con algunas variaciones, la repite Junqueiro en muchos de sus escritos. Hablando de Antero de Quental, dice que en él «hubo en germen un santo, un filósofo, un héroe». Primero, el «héroe, esto es, el trabajador idealista, el hombre visionario de acción, el revolucionario ardiente y generoso, cuya figura impávida se destaca con relieve bélico de atleta y un fulgor juvenil de aventurero iluminado». Luego, el filósofo, el hombre que busca el «porqué», no el «cómo», de las cosas; el atormentado por el drama de la razón con la conciencia. En fin, el «santo, esto es, el alma para quien la virtud es el fin único de la vida, el motivo soberano de la existencia.» Un proceso análogo establece refiriéndose a Juan de Dios, sólo que en este caso el motivo de la perfección es la mujer, que gradualmente se transforma, en la conciencia del poeta, de hembra en ser espiritualizado, hasta culminar en «la Virgen de las vírgenes, la Madre de Cristo, la Madre de Dios. Es Dios en mujer, es Dios en lo femenino». En otro ensayo sobre los grandes hombres, la trinidad la forman el héroe, el artista, el filósofo. «El sacrificio al Bien, en la acción y por la acción: he ahí la norma del héroe... El grado de amor es el grado de heroísmo. El héroe máximo es el santo, y San Francisco de Asís es el super-hombre. El artista no iguala al santo, pero se le aproxima... El héroe nos da el amor en acciones, lo convierte en pan espiritual, que va dividiendo por la tierra. El artista hace de él un diamante quimérico de luz y sonido, que es el amor vibrando, amor en sinfonía, amor en estado de belleza. Pero si el universo es amor infinito, el arte supremo que lo abarca es el arte cósmico y religioso. Y entonces el arte ideal se define de este modo: la naturaleza traducida en cántico, Dios, que se oye y que se ve, revelado en música... La virtud del santo se sublima en el éxtasis, en la bendición, y la inspiración del poeta se magnifica en la música y en el símbolo. Uno reza, el otro canta. El filósofo observa y medita. Es un espejo que piensa. La filosofía integral,

como el arte supremo, será también religiosa, porque sólo en Dios, Amor-Infinito, la vida encuentra su unidad y la clara explicación de su misterio. Todas las grandes almas, brújulas radiantes, se polarizan en Dios».

Se comprende, pues, que para un hombre así el arte no sea una bagatela, «cosas lindas, mas todo mediocre, pasajero. Arte efímero. Anécdotas», como dice definiendo la primera etapa de Juan de Dios. Todo lo contrario: «El arte —repente más de una vez—, cuando es grande, es religioso y panteísta. Siente el infinito, expresa el infinito, sugiere el infinito». El arte es amor: «El arte vale más o menos según la porción de amor que abarca o revela. El arte soberano es el que conjuga la naturaleza toda, hombres y monstruos, aguas y árboles, piedras y nubes, soles y nebulosas, con el verbo infinito y perfecto, el único verbo creador que es el verbo amar. El universo atómico, partículas innumerables y vagabundas, fraterniza en Dios, se unifica en Dios.» En la nota con que epiloga *La muerte de Don Juan*, pregunta y responde: «¿Cuál es el tema del arte? El universo. ¿Cuál es el principio que lo domina? La justicia. ¿Cuál es, pues, el ideal artístico? La justicia.» Fusión de la estética con la ética. A una conclusión semejante llega Schiller, pero con más energía Tolstoi en su *¿Qué es el arte?*, a quien recuerdan más de una vez las opiniones de Guerra Junqueiro, como cuando escribe en la misma nota: «Ahora, una literatura da la medida de una sociedad. Es un axioma de crítica. Pues bien: si preguntamos a la literatura de nuestro tiempo lo que ha producido la sociedad moderna, la literatura responderá: Adulterios y anemias... En general, el poeta moderno no comprende su tiempo... Le preocupa la «originalidad». Originalidad, en este caso, quiere decir: aberración. Valúa la sociedad, sencillamente, por el lado exterior del lujo, del café, del burdel, de las anécdotas. En suma: es la demagogia artística, el ateísmo literario».

Con lo expuesto basta para señalar el pensamiento de Guerra Junqueiro. Resta ahora ver cómo ese pensamiento está realizado en su obra poética. Indiquémoslo someramente. Sus poemas pueden dividirse en dos categorías: poemas de combate, políticos y civiles, y poemas de santidad. La emoción puramente lírica, desinteresada y como desprendida de la sociedad y la historia, no se da en Guerra Junqueiro como cuerpo separado, como creación sistemática. Hay en casi todos sus poemas admirables fragmentos líricos, exquisitas composiciones sueltas, impregnadas de naturaleza y de humana ternura, sobre todo en el que, en mi sentir, supera a todos, en su magnífico *Patria*, como cuando Astrólogo describe la tierra portuguesa:

«Campos claros de milho moco e trigo loiro,  
hortas a rir, vergeis noivando en frutos d'oiro...»

o cuando la canta el Loco con su dulce estribillo:

«Lindo jardín! Lindo pomar!»

Pero no forman un organismo aparte. El sentimiento ético, ya satírico, ya patético, está presente, desde el principio, en toda la poesía de Junqueiro. Sus poemas de combate pueden subdividirse a su vez en dos géneros: en satíricos y dramáticos. Mencionaremos los más importantes, los grandes anillos de su ciclo poético. La primera obra de aliento, la que le da notoriedad, es *La muerte de don Juan*, una vehemente invectiva contra el donjuanismo. Es un poema que contiene páginas de extraordinaria belleza, escrito con ingenua intención y en forma a veces insuperablemente cruda. Don Juan es el símbolo demoníaco, seguido de su cortejo siniestro: la orfandad, el amor burlado, el amor mercenario, el lujo, la sífilis, la miseria y la muerte. «Don Juan — escribe Guerra Junqueiro en la nota final del poema — resume en sí todo lo que hay de enfermizo en la sociedad moderna: el idealismo, el tedio, las neurosis, la indiferencia, la duda, las paradojas, la falta de carácter. Don Juan anda en los cafés, en los bulevares, en los teatros, en la literatura, en las iglesias y en las conciencias... Es necesario matarlo; moralmente, ya se ve». A juicio del poeta, a Don Juan se le hace demasiado honor llevándolo al infierno. Hay que hacerle sufrir en la tierra. Al final de sus días le convierte en